

UNAMUNO ANTE EL POVERELLO
GLOSAS UNAMUNIANAS
AL SAN FRANCISCO DE ASÍS DEL P. LUIS SARASOLA, O.F.M.

En la biblioteca de Unamuno que se conserva en la Casa-Museo de Salamanca figuran dos ediciones italianas de los *Fioretti* y una catalana, de J. Carner, con los números 474, 473 y 3378. También está la biografía de Jörgensen, en alemán, n. 4156, y la *Vie de Saint François d'Assise* (Paris 1894) de Paul Sabatier. Sin embargo, son muy escasas las menciones de San Francisco de Asís que encontramos en su Obra. Las ha recogido cuidadosamente V. González Martín en su obra *La cultura italiana de Miguel de Unamuno* (Salamanca 1978) pp. 83-6.

Unamuno cita con admiración, y hasta con orgullo, a su paisano San Ignacio, aunque critique constantemente a los jesuitas; y brinda intuiciones interesantes en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, en la que tantas veces ofrece el parangón del santo con el hidalgo manchego¹. No se detuvo en el estudio de San Francisco de Asís. Sólo muy esporádicamente aparecen algunos ramalazos de luz a su respecto, como cuando el 8 de enero de 1906 escribe a su amigo Ernesto A. Guzmán:

«San Francisco de Asís, o Buda sobre un costal a la luz de la luna, representan un grado de civilización mucho más alto que el de unos cuantos caballeros en casas aireadas y soleadas, bien vestidos, bien calzados, alumbrados por luz eléctrica, etc. El ideal de esta civilización es suprimir el sufrimiento, esto es, el padre de la personalidad»².

1 Cf. Ignacio Elizalde, *San Ignacio en la Literatura*. Espirituales españoles, Serie C, n. 17 (Madrid 1983), pp. 437-60.

2 V. González Martín, o. c., p. 84.

En su ensayo «De mística y humanismo» define el franciscanismo como «la gran marca religiosa del siglo XII... una internacional religiosa y laica, especie de estado de conciencia europea, que borró fronteras»; y hasta contraponen el franciscanismo originario alegre al franciscanismo reflejado en la pintura del Greco. Pero más allá de la apreciación meramente cultural, parece atisbar otros significados en la figura del santo de Asís:

«No se encierra en su castillo interior, sino que se difunde en la risueña y juvenil campiña, al aire y al sol de Dios. No se cuida apenas de convertir herejes. Su religión es del corazón y de piedad humana. El símbolo religioso italiano son los estigmas de San Francisco, señales de crucifixión por redimir a sus prójimos. El castellano, la transverberación del corazón de Teresa, la saeta del Esposo con que se solazaba a solas»³.

Hacia 1909 la relación personal con el capuchino vasco-navarro, P. José María de Elizondo, le abrió nuevos horizontes⁴. Fue tema de sus conversaciones entre ellos y sirvió para ponerle en contacto con algunas bibliografías europeas sobre San Francisco, y concretamente con el libro *Den heilige Frants van Assissi* (1907), escrito por el converso danés Iohannes Jörgensen, presente en la biblioteca salmantina de Unamuno. El P. Elizondo le incitaba a traducirla del danés: «Celebraré que, dados los conocimientos que del danés tiene V., dé a conocer en España a Jörgensen... ¿Quién mejor que V. lo puede hacer? Hora es ya de que salgamos del S. Francisco de D.^a Emilia, reproducido en la última impresión de 1902, tal como se escribió veinte años atrás, como si después no hubieran escrito nada Sabatier y Cía. Que vean los gallegos que hacemos algo los vascos por iniciar en España el movimiento franciscano, y que sentimos hondamente a S. Francisco. Espero, mi buen D. Miguel, que pronto se dará V. a conocer como franciscanizante y hará V. en ello obra muy buena»⁵.

Sin embargo, el conocimiento de la obra de Jörgensen no encendió, sino que apagó el entusiasmo primero de Unamuno por San Francisco. En carta al amigo Père Coromines del 24 de julio de 1909, le dice:

3 Citado en la misma obra, pp. 84-5. *Obras completas*, III, 266-7.

4 Cf. mi artículo 'El capuchino P. José María de Elizondo y Miguel de Unamuno', *Estudios Franciscanos*, 95 (1994) 103-26.

5 Art. cit., p. 107. El 2 de mayo le envié una minuciosa relación sobre la biografía de Jörgensen y las reseñas aparecidas sobre la misma en *Études Franciscaines, Archivum Franciscanum Historicum, Revue des Deux Mondes*.

«Respecto a la riqueza, me parece muy bien lo que usted dice, y es muy justo y muy sugestivo el recuerdo de que Jesús maldijo a la higuera después de pasar hambre. El pobrecito de Asís no habría maldecido así a la hermana higuera. Pero es que acabo de leer la última vida de San Francisco, la del danés Jörgensen, y se me va perdiendo el encanto. He descubierto lo que hay de afectado y de falso en S. Francisco. No es un ideal. Como no puede serlo el de la imitación de Cristo para quien se haya empapado de Evangelio»⁶.

Unamuno no tradujo a Jörgensen. Apareció una primera traducción del P. Antonio Pérez en Santiago de Chile (1913), reproducida el mismo año en Madrid, y una segunda de Ramón María Tenreiro, revisada por el P. José María de Elizondo, en *La Lectura* (Madrid 1916, 596 pp. Reeditada en 1925, pudo suplantar a la de D.^a Emilia, no otra que D.^a Emilia Pardo Bazán, editada en dos tomos en Madrid (1882), en 2.^a edición y con prólogo de M. Menéndez Pelayo (Paris, Garnier, 1886), reeditada en 1890, y vuelta a editar en Madrid en 1903. Efectivamente, la de Paul Sabatier, así coetánea de la de la Pardo Bazán (Paris 1894) resultaba mucho más incitante y atractiva.

LA VIDA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.
LOS TRES HERMANOS SARASOLA

En 1929 aparecía en España la voluminosa obra del franciscano P. Luis de Sarasola, *San Francisco de Asís*, prologada por su hermano José de Sarasola, O.F.M. (Madrid 1929), CVII + 603 pp. Esta espléndida obra, sólida, documentada y muy bien escrita, se abre en esas CVII páginas en numeración romana, con una soberbia introducción, en que de modo sistemático se analizan todas las fuentes franciscanas disponibles. Probablemente el propio autor se la envió a Unamuno y éste le correspondió con una interesantísima carta, hoy perdida. Mas fue el hermano del autor, José de Sarasola, quien desde Nueva York escribió a Unamuno una interesante carta conservada en el archivo de la Casa-Museo Unamuno, que nos servirá de hilo conductor para descubrir nuevas vetas franciscanas en Unamuno allá por los años 1930.

Antes de ofrecer su texto hemos de decir algo sobre la tríada franciscana de los hermanos Sarasola. Ha sido algo laboriosa la bús-

⁶ Citada por V. González Martín, o. c., p. 85, *Obras completas*, pp. 266-7, en el *Bulletin Hispanique*, 52 (1960) 52.

queda de datos, porque, con merecerlo tanto como muchos otros, no aparecen sus apellidos y nombres en las Enciclopedias al uso. Los debo a la amabilidad del P. Luis de Villasante, ex presidente de la Real Academia de la Lengua Vasca, actualmente residente en el convento de Aránzazu (Guipúzcoa). Con datos personales o extraídos del Necrologio inédito de la Orden, aporta las siguientes luces: los tres hermanos Sarasola, franciscanos, nacieron en Lequeitio (Vizcaya): el P. Luis, autor del *San Francisco de Asís*, hacia 1884; José, el prologuista, hacia 1885; Modesto, hacia 1890. El escueto Necrologio fija el final de sus vidas:

«9 febrero 1942.—En Guanabacoa (Cuba), el R. P. Luis Sarasola Acárregui, natural de Lequeitio, a los 58 años de edad, 42 de profesión y 33 de sacerdocio. Fue el primer Director de la revista Apostolado Franciscano, a la que dio gran impulso y es autor de la famosa Vida de San Francisco de Asís, muy bien acogida por la crítica»⁷.

«13 de marzo de 1967.—En Habana (Cuba), el R. P. José Sarasola Acárregui, natural de Lequeitio (Vizcaya), a los 82 años, 67 de hábito y 57 de sacerdocio. Su vida sacerdotal transcurrió casi exclusivamente en Cuba. Fue Director y colaborador de la revista San Antonio. Permaneció en Cuba aun después de la revolución de Fidel Castro hasta su muerte».

«9 de diciembre de 1962.—En Valladolid, el R. P. Modesto Sarasola Acárregui, natural de Lequeitio (Vizcaya), a los 72 años de edad, 56 de profesión y 47 de sacerdocio. Lector General de Teología fue también un aficionado de la investigación histórica, por lo que editó algunas monografías de valor. Toda su vida, con todo, la pasó en nuestro convento de Valladolid, prestando toda clase de servicios ministeriales».

En efecto, el P. Modesto Sarasola publicó *Vizcaya y los Reyes Católicos* (1950); 'Isabel la Católica y el destino de Doña Juana la Beltraneja', en *Cuadernos de Historia Moderna* (1955); 'El siglo XIII en

7 Luis Sarasola fue también conferenciante sobre tema franciscano, vgr. en el Ateneo de Bilbao y Círculo de Bellas Artes y autor de reseñas críticas en Archivo Ibero-Americano. En el libro *San Francisco de Asís*. Curso de Conferencias organizadas por el Colegio de Doctores de Madrid (Madrid 1927) se edita una del P. Luis Sarasola, 'San Francisco de Asís, primeras generaciones franciscanas', pp. 235-60. En el largo prólogo a su biografía de San Francisco de Asís (Madrid 1929), pp. xcVII-cvII, se enfrenta con las interpretaciones de Müller, Mandonnet y Sabatier sobre el primitivo franciscanismo.

Valladolid. Origen del convento de Santa Clara', en *Cuadernos de Historia Medieval* (1960).

Más allá de las lacónicas fichas necrológicas, el P. Villasante me añade en carta otras noticias complementarias con su «picantillo»: «Cuando éramos estudiantes, tanto Luis como José gozaban entre nosotros de fama de escritores. Creo, sin embargo, que tal vez por prurito de ser originales, fuerzan la lengua más allá de los límites aceptables. Modesto, en cambio, era todo lo contrario: muy académico y clasicista». Es prodigiosa, añado yo, la soltura con que manejan la lengua castellana estos tres hijos de Lequeitio. José es quien acaso «fuerza la lengua», y no en sentido peyorativo, sino estilístico.

Pero hay más datos personales en la carta del P. Villasante, del 18 de mayo de 1990: Respecto a la biografía escrita por el P. Luis, dice que estuvo muy en boga cuando Villasante era estudiante y que él personalmente la leyó mucho. Pocos años después, al estallar la guerra civil (1936), el P. Luis Sarasola se encontraba en Madrid y residía en la casa de Joaquín Costa, 36, donde se editaba, y sigue editando, la prestigiosa revista *Archivo Íbero-Americano*. La casa fue quemada por los rojos, los no facciosos, los demócratas o los de la legalidad —como usted guste, avisado lector, digo yo. Los franciscanos fueron encarcelados. El P. Luis perdió en el incendio un gran fichero con materiales acumulados para una Historia de América. Estando en la cárcel, le visitó un antiguo compañero del Colegio de Aránzazu, convertido en jefe de milicianos. Logró que le dejaran salir a condición de hacer propaganda en América en favor del Gobierno republicano. Fiel a su compromiso, llegó a pronunciar una conferencia en Nueva York, por lo que el General de la Orden le declaró prófugo, apóstata o algo parecido. Cumplido el compromiso o desentendido ya de él, recaló en Cuba, donde se reintegró en la Orden, muriendo en Guanabacoa (1942).

El P. Modesto consumió su vida en Valladolid. Las horas que le dejaban libre sus actividades ministeriales las empleaba en el Archivo General de Simancas, de donde extrajo materiales para sus investigaciones históricas. Fue durante muchos años confesor ordinario del monasterio de la Concepción y pudo percibir muy de cerca la estela de santidad que dejara la Madre Ángeles Sorazu, mística prodigiosa natural de Zumaya. Durante la guerra civil, estando el P. Villasante de soldado en Burgos, con dieciocho años de edad, tuvo que hacer un viaje a Valladolid, ciudad que desconocía absolutamente. Su acompañante fue el P. Modesto, quien al pasar por la calle de San Ignacio, frente a la Concepción, le dijo: «Ahí vivió una religiosa vasca, autora de escritos místicos muy notables». La frase se le clavó en la mente al joven soldado Villasante, quien, con el correr de los años, sería el editor de aquellos escritos místicos y de la biografía y

otros estudios sobre la Madre Sorazu, cuya causa de beatificación está introducida⁸.

LA CARTA DE FRAY JOSÉ DE SARASOLA, O.F.M.

Tras estos necesarios prolegómenos centremos nuestra atención en una única carta guardada en el archivo de Unamuno. Es del P. José Sarasola, escrita desde la iglesia franciscana neoyorquina de la Preciosísima Sangre el 24 de enero de 1930, al año de haber aparecido editada la obra del P. Luis. De la carta misma se deduce que pensaba en una traducción de la obra al inglés; que el libro había llegado a Unamuno, casi seguramente de manos del autor, el P. Luis, y que Unamuno había enviado a éste un comentario sobre la obra en forma de *carta*, carta que el P. Luis remitió a su hermano José. ¿Cabía mejor recomendación para lograr que un editor se decidiese a publicar la obra en inglés? No contento con ello, el P. José pretendía divulgar de alguna manera la «muy buída y sutil glosilla» de Unamuno al *San Francisco de Asís*, de su hermano, tanto en un periódico neoyorquino que se editaba a pocos pasos del convento en lengua española, como en una revista juvenil de La Habana. Para ello pedía la licencia de Unamuno: licencia no para editar tal cual la carta, sino «trozos... después que Ud. revise la forma en que he puesto el *extracto*». No sólo apreciaba el P. José el efecto propagandístico de tal difusión, sino que estimaba la «dosis crítica» que rezumaba la carta de Unamuno. La mayoría de las reseñas no pasaban de descripciones del libro; la de Unamuno sería un regalo para los muchos lectores que tenía por todas partes. Ya que no quedaba tribuna libre en las revistillas religiosas franciscanas a causa de la censura, podía aparecer en *La Prensa* de Nueva York y en *Avance* de La Habana.

Algunas precisiones aporta la carta sobre el tratamiento dado a la carta de Unamuno que son de algún interés:

«Por no dar al público primicias de su futuro *Cancionero*, no he incluido los versos en que acotó Ud. la leyenda sienesa del pozo de Santa Clara. Y vacilé en poner el rasgo maternal del primer nietecito que tanto honra su corazón de hombre; pero lo puse, y Ud. lo tachará si no le place que salga al público, en caso de que me dé su licencia para publicar el extracto de su carta a mi hermano Luis. No necesito decirle que

⁸ Luis de Villasante, O.F.M.

le anticipo las gracias por todo. Y que mucho me placirá se vea Ud. cara a cara con mi hermano en nuestra España, cuando Ud. regrese allá».

Cierra la carta una confidencia interesante, reflejo del ambiente en la vida claustral:

«Él y yo —se refiere a su hermano Luis— (y algunos otros pocos frailes) lo hemos solido leer a Ud. desde hace muchos años, a pesar del ambiente claustral español, captando su ideología y comentándola en nuestras privadas conversaciones literarias y pensamentales. No le molesto más, querido ensayista y vasco ejemplar. Ordene a su atto. s. y admirador, fray José de Sarasola»⁹.

Naturalmente, Unamuno se encontraba por estas fechas en Hendaia, mas a punto de terminar su destierro y volver a España. ¿Respondió a la amable carta de fray José Sarasola y dio su licencia para editar el texto algo alterado de su carta? No lo sabemos ni nos es asequible el verificarlo. Mas, venturosamente se encuentra junto a la carta, y escrito con la misma máquina, el texto que se proponía divulgar fray José. Texto de Unamuno en su carta, que conserva, en ocasiones, la primera persona: «He dejado... yo no veo... Veo en cambio... ¡qué mal se me entiende!», etc. Es obligado pensar que el P. José en nada alteró el texto unamuniano y hasta somete a la decisión de Unamuno el dejar o quitar algunos párrafos concretos, y silenciar la poesía que luego aparecería en el *Cancionero*, pero que aún era inédita, aunque comunicada al P. Luis. Por todo ello, logramos rescatar del olvido unas páginas unamunianas, escritas con ocasión de una obra impresa, acerca de la figura de San Francisco de Asís tal como se halla reflejada en la obra del P. Sarasola. Páginas escritas unos días después de haber concluido la lectura del San Francisco de Asís, del P. Luis Sarasola, tras dejar asentarse las impresiones recibidas y tras repasar los pasajes anotados y comentados al margen del libro, como era costumbre en Unamuno. ¡Lástima que no se conserve en su biblioteca el ejemplar con sus anotaciones! El texto de la glosa unamuniana, hasta hoy inédito, se incluye en el Apéndice II de este trabajo.

9 Véase la carta en Apéndice I

GLOSAS A LAS GLOSAS

No cabe duda de que la obra de Sarasola atrajo la atención de Unamuno y que la considera valiosa y sugerente. A su luz, desestimó definitivamente la obra de la Pardo Bazán, mantuvo alguna estima de la de Jørgensen y mayor de la de Sabatier. La obra de Sarasola no hace alardes de erudición, aunque conocía bien las fuentes franciscanas y a su enumeración y valoración dedica más de cien páginas introductorias de su libro. Unamuno la considera alejada de la «hagiografía litúrgica» (?) y estima como gesto de honradez que el autor no oculte que es fraile franciscano. Tras estas consideraciones introductorias, Unamuno va a dar cuenta de aquellos pasajes de la obra que han tocado sus fibras más íntimas:

1. Le agrada que Sarasola califique a San Francisco de «el más auténtico cristiano», y él corrobora el calificativo, añadiéndole los de «cristiano perfecto, humanamente imposible» y hasta otros, tan entrañados como los de «trágico» y «agónico». Escribe este comentario de sabor personal: «Y ¡qué mal se entienden estos conceptos, que son más bien sentimientos! Sed perfectos como vuestro Padre celestial que está en los cielos. El Cristo nos puso como meta lo inaccesible y San Francisco soñó con la estricta observancia, con la observancia agónica y trágica. Que no excluye la alegría»¹⁰.

2. Dos frases selecciona Unamuno en la lectura: «¡Gustó la vanidad de las cosas». Y qué bien está lo de «luz caliente». Su inserción en la prosa sarasoliana es interesante (p. 41): «Como en un relámpago había entrevisto la lividez de los seres; en delirios de tribulación y melancolía *gustó la vanidad de las cosas*; y con escalofríos nerviosos, a un vago vislumbre, percibió los avisos misteriosos de la ciudad eterna de Dios. El fracaso de los sueños caballerescos acabó de derrumbarse por completo... Veía, sí, con angustia, que el nuevo camino se le ofrecía nublado de obscuridades y zozobras; pero allá, en lontananza, presentía también una luz caliente y misteriosa que le infundía valor y esperanza en sus futuros destinos».

¹⁰ Sorprende que hubieran escapado a Unamuno los párrafos de Sarasola en que subraya las calidades revolucionarias de los ideales de San Francisco. Así, vgr., p. 115: «Pocos hombres ha visto la Historia de tan altas calidades revolucionarias como Francisco de Asís: santo, poeta, tribuno, hombre de acción continua, magnetizador de muchedumbres, revolucionó el mundo medieval cristiano en el mismo centro vital de las almas... Añádase otra calidad de eficiencia y de suprema paradoja: su revolución fue de paz y sosiego interior, desde la conquista individual de las almas, hasta la captación de la periferia social de la conciencia multitudinaria».

3. A nadie extrañará que a Unamuno gustase que, al hablar el biógrafo de la perfección humanamente imposible de San Francisco, se refiera a las «desconcertantes paradojas» del Poverello. En reiteradas ocasiones utiliza esta expresión: «ciertas paradojas y aparentes contradicciones» (p. 116), la «paradoja de su influjo en almas medievales» (p. 137); también en la p. 317. El comentario exultante de Unamuno, por afinidad personal, es delicioso: «Así, así, paradojas; sí, paradojas. Porque los menguados que creen condenar a uno llamándole paradojista, no reparan que el Evangelio, en el que no he encontrado un solo silogismo, está tejido de metáforas, parábolas y paradojas». Un paradojista se cubría con otro paradojista, y también nada menos que con el Evangelio en la mano.

4. Igualmente entusiasmo a Unamuno que el ideal franciscano se presente, como todo ideal genuino, con el añadido de «imposible». Imposible para una colectividad (p. 445), porque el heroísmo no es patrimonio común de los hombres, y no puede observarse por multitud de frailes (p. 456).

5. No es correcta la mención e interpretación que Unamuno hace de una frase de Sarasola, que, además, en el texto original aparece como interrogativa, y es la siguiente (p. 442): «La evolución incesante de la vida, ¿es siempre una perfección progresiva de valores morales y religiosos? ¿No es con harta frecuencia —como atestigua clarísimamente la historia—, más que evolución y desenvolvimiento progresivo, un verdadero retroceso o desviación o decadencia?». Aun malinterpretada la frase, suscita en Unamuno este comentario con motivo de la misma: «Me he acordado del idealismo sobre-humano que me dictó mi *L'agonie du Christianisme*. Se podría a este tenor escribir «De la agonía del franciscanismo». También Sarasola incorpora a su texto la palabra unamuniana, cuando nos habla de la «agonía cotidiana hondísima» (p. 83).

6. Hay otro pasaje, que Unamuno cita incompleto, en que se recoge el juicio de Boncompagni en Bolonia sobre los franciscanos. Su texto completo decía (p. 401): «una porción de frailes menores son jóvenes y niños, y es natural que sigan las mudanzas e inclinaciones de su edad; han llegado a tan extremada demencia, que vagan sin dirección por ciudades y pueblos solitarios, sufriendo horribles e inhumanas persecuciones. Unamuno comenta: «¡Menores! ¡Niños! Toda minoridad es niñez, y hay que llegar a la niñez eterna».

7. Ligado con el tema de la niñez o no, Unamuno interpreta el amor de San Francisco a los suyos, no sólo como amor paternal y fraternal, sino hasta como amor maternal (p. 401). Y ofrece una glosa en que se mezcla un concepto e interpretación del Evangelio, con una experiencia íntima personal —el nacimiento de su primer nieto— que le hizo experimentar en sus entrañas la «maternidad varonil». Dice así:

«El amor de San Francisco a los suyos no era tanto ni fraternal ni paternal, cuanto maternal, maternal de varón. Fue un «madrecito». Acaso pudo rezar al Padre Eterno llamándole: “Madrecito nuestro, que estás en los cielos”... (*Materculus noster, qui es in coelis...*). Y en esto no entra ni sexo ni enredo psicoanalítico freudiano. Ahora que mi hija mayor me ha dado mi primer nieto, comprendo lo que es la maternidad varonil».

No se imaginaba Unamuno que sesenta años más tarde, un Papa, Juan Pablo I, afirmarí­a: «Dios es madre aún más que Padre», y que un teólogo como Yves Congar destacaría los rasgos maternales en la paternidad de Dios a la luz de la Biblia y la tradición ¹¹. Además, el episodio familiar vivido nos sirve para datar su escrito. En efecto, en uno de los poemas escritos en el destierro, el n. 1.301, se señala lo siguiente: «23 de octubre de 1929. Nace mi primer nieto y no hay más poesía». Era un niño, hijo de su hija Salomé, cuyo nacimiento supo por telegrama (*Obras completas*, VI, *Poesía*, p. 1295). Unos días más tarde escribiría, con motivo del bautizo de este nieto, un poema, n. 1.347: «La media luna es una cuna» (*ib.*, p. 1305).

8. Menos bello y acertado es el comentario que hace a una referencia a la *Regula prima* en torno a la obediencia. El texto aludido es el siguiente (p. 410): «Si algún ministro ordenase a un fraile algo que sea contra nuestra vida o su alma, no está obligado a obedecerle, porque no hay obediencia donde se ve delito o pecado». El comentario de Unamuno es equivocado:

«Lo de la *Regula* sobre la obediencia, en la página 410, me ha hecho recordar la obediencia de juicio jesuítica. Al fraile menor se le deja juzgar si es contra su alma lo que el Ministro le ordene. ¡Gran lección de libertad!».

Le traiciona a Unamuno su poso antijesuítico, y no se muestra suficientemente ignaciano. Le hubiese bastado con leer las *Constituciones ignacianas*, 3.^a parte, c. 1, donde hubiese sabido, a propósito de la obediencia, que la conformidad de querer y sentir del jesuita con su Superior, es «en todos casos donde no haya pecado»; la concordancia de voluntad y juicio se entiende «donde no se puede determinar, como es dicho, que haya alguna especie de pecado». Pero aun fuera de este campo expresamente excluido, en lo humanamente dis-

11 Cf. Denise S. Blakebrough, *El Cardenal Congar o la libertad teológica. Ensayo sobre su comprensión del Espíritu Santo* (Salamanca 1995), pp. 161-79. La frase de Juan Pablo I, en *Ecclesia*, n. 1962, del 23 de septiembre de 1978.

cutible, quedaba el margen y el derecho a la representación al Superior. Así, en la célebre carta de la obediencia (1553), donde se exige con muy sabios matices la difícil obediencia de juicio, se añade: «Con esto no se os quite que, si alguna [cosa] se os representare diferente de lo que al Superior, y haciendo oración os pareciese en el divino acatamiento convenir que se la representéis a él, que no lo podáis hacer». En la misma carta se dice claramente que en el terreno de la obediencia «hay que presuponer que lo que se manda es santo y conforme a la divina voluntad»¹². Sólo faltó a Unamuno mencionar la expresión *perinde ac cadaver* de San Ignacio, que procede de la tradición monástica y aun de la mismísima franciscana. Del *Celano* II, la toma el propio Sarasola (p. 322) y no puedo menos de aducirla: «Tomad un cadáver y ponedlo donde os place. Veréis que no resiste, no murmura de su posición, no reclama que le dejen en paz. Si le colocáis en el solio, no mira arriba, sino abajo. Si le vestís de púrpura, empalidece doblemente su rostro. Éste es el verdadero obediente, que no se encrespa porque le muevan, ni se engríe de las honras». ¿Acaso no leyó Unamuno el comentario que al respecto hace explícitamente Sarasola, en la misma página? Se queja de los apologetas del *perinde ac cadaver* ignaciano, «que con tanto ruido de alabanzas pregonan por ahí como la esencia de la más sublime abnegación y obediencia». Tal queja no es por la falsedad, sino por la paternidad franciscana del concepto o metáfora.

9. Más pertinente es el comentario que hace a una cita de Rogério Bacon acerca de las Cruzadas. En efecto, en la página 380 de la obra de Sarasola, cita un largo texto del franciscano Bacon en su *Opus maius*, en que protesta de las guerras contra los sarracenos, paganos y tártaros, y concretamente contra la Cruzada de San Luis Rey de Francia... A Unamuno, el desterrado por Primo de Rivera, el que liquidó la guerra contra Marruecos, se le escapa un exabrupto, probablemente fundado: «Me recuerda el desatentado aviso del episcopado español cuando llamó, a dictado del Rey, «cruzada», a la campaña de Marruecos. En la misma línea va otra glosa respecto al pacifismo de los franciscanos. En efecto, Sarasola dice que existía una prohibición estricta de llevar armas y de guerrear contra nadie, «dos formidables golpes de catapulta, al amparo de la religión, contra las ambiciones y arrestos bélicos de los Comunes de Italia». Unamuno comenta: «Y lo que se dice del pacifismo franciscano recuerda, por contraste, el bárbaro “Santiago y ¡cierra a España!”. ¡No se puede evangelizar a cristazos!».

12 San Ignacio de Loyola, Obras completas. Ed. de Ign. Iparraguirre, BAC (Madrid 1952), pp. 492, 835-41, 842.

10. Menos enjundia tiene una frase perdida en que Unamuno cree captar algo profundo del biógrafo Sarasola, cuando en la página 175 de su obra escribe: «Estos primeros franciscanos poseyeron todas las virtudes, incluso la que más nos falta a nosotros, la de quedar anónimos». Unamuno, el hombre obsesionado por la inmortalidad, la auténtica y verdadera y la de la fama, parece rebelarse contra ello y aun buscar justificaciones en la conducta del propio San Francisco. ¿No había dicho él en los primeros momentos de su conversión que sería un gran príncipe y que el mundo caería de hinojos a sus pies? (cf. pp. 84 y 138). «Esto no cabe con el anonimato —comenta Unamuno—. Sin duda el más grande santo será el santo desconocido. Pero el Señor quiere conocimiento de la santidad».

LOS «CRÍTICOS PROFESIONALES».

EL POEMA «EL POZO DE SANTA CLARA»

La interesante glosa concluye con dos puntos: el primero, probablemente aducido por Sarasola cuando le envió el libro, se refería a los posibles comentarios de los críticos profesionales. Uno, muy temprano y positivo, apareció en la revista *Archivo Íbero-Americano*, 3 (1929) 403-8, firmado por el P. Epifanio de Pinaga, el mismo año en que apareció el libro.

Otro, con alguna reticencia, apareció en *Collectanea Franciscana*, 1 (1931) 378-9, firmado por P. Amedeus. El consejo lógico del independiente Unamuno no podía ser otro: «No haga el autor mucho caso de ello». Y en confirmación de su consejo le espeta una parábola de propia cosecha, a propósito del sermón de San Antonio a los peces. Véala el lector en el mismo texto unamuniano.

El último punto es una confesión íntima de Unamuno:

«Yo pueblo las soledades de mi destierro —cuando no tengo aquí a los míos— con unas canciones que son a modo de diario íntimo. Al margen de la p. 241, donde se cuenta la leyenda sienesa del pozo de Santa Clara, escribí una que pasará a mi cancionero».

El poema escrito en el margen del libro de Sarasola, enviado a éste y por él a su hermano José, fue omitido por discreción en el extracto de la carta, por tratarse de un inédito que aparecería más tarde en el Cancionero. Para entenderlo es preciso recordar la citada leyenda sienesa, como lo hace Sarasola en la página 241 de su obra. Al final del capítulo dedicado a Clara Favaroni de Asís, se nos narra que tras el fracaso de

San Francisco en su intento de predicar el amor y la pobreza a los de Siena, recordó a Santa Clara, sumida en algunas tribulaciones, y se acercó a un pozo rebosante de agua, inclinándose largo tiempo sobre él. Alzando, al fin, la cabeza y alborozadamente preguntó a su compañero:

—Fray León, ovejuela de Dios, ¿qué crees tú que he visto en el pozo?

—La luna, Padre mío, que ahí se espeja.

—No, fray León, no es nuestra hermana luna lo que se me ha mostrado en este pozo. Por la gracia adorable del Señor he visto la misma cara de la hermana Clara, tan pura, tan esplendorosa de una incomparable alegría, que todos mis tormentos se han desvanecido. Ahora tengo la certeza de que nuestra hermana goza en estos momentos la verdadera felicidad que Dios concede a sus predilectos, colmándolos de los tesoros de la pobreza.

Sorbiendo con mano cóncava un buche de agua, se alzó confortado. Y he ahí que a ese pozo se le llama desde entonces *pozo de Santa Clara*».

La bella leyenda sacudió el alma de Unamuno, quien al margen del libro escribió:

EL POZO DE SANTA CLARA

Leyenda sienesa

*La cara fresca de Santa Clara
vio Francisco en el lecho de un pozo,
y del agua bebió con su mano.
Y al gustar el claror de la cara,
se bañó las entrañas de gozo
aclarando su senda el Hermano.
Al claro frescor de la luna
claridad, caridad,
la pobreza toda su fortuna,
claror de la hermandad.*

(2 a 18 de diciembre 1929)

Puede verse en *Obras completas*, V, p. 1314, Poema n. 1.389.

Unamuno concluye su glosa: «En gracia, además, al regalo espiritual que me ha procurado este libro franciscano de fray Luis de Sara-

sola. Hendaya». Unas semanas después cruzaba Unamuno la frontera, terminaba su destierro, empezaban para él días de agitación, homenajes, reencuentros. Probablemente se desdibujaron en su alma las luces y emociones nacidas de la lectura de este libro. Las recuperamos gracias a una carta.

APÉNDICE I

CARTA DE FRAY JOSÉ DE SARASOLA A UNAMUNO

Sr. don Miguel de Unamuno
Hendaya

New York, 24 de enero de 1930

Muy señor mío e ilustre hombre de letras:

Con temor de molestarlo y hacerle perder su tiempo, pero confiando en su proverbial benevolencia, va ésta desde lejanas tierras. Desde acá mandé a mi querido hermano el prologuillo aquel que aparece en el «San Francisco de Asís» que el mes pasado glosó usted en una cordial epístola que mi hermano me remite ahora para que el traductor inglés del libro tenga acogida en los editores yankis. Acostumbrado mi hermano y yo (y algunos otros pocos frailes vascos) a enterarnos de las obras de usted, cualquier pedacito de su mente nos parece siempre un toque de fina ideología, tenga o no acogida en nuestros predios estrechamente acotados. Me ha parecido, pues, muy buída y sutil la glosilla que usted fué poniendo al margen de algunas páginas del «San Francisco». Y, como hay acá —a 4 pasos de mi celda— un periódico de lengua española, y como los chicos de la revista de avance 19... de la Habana (a quienes Ud. conoce por correspondencia) son muy buenos amigos míos también, me gustaría que Ud. me diese su licencia para publicar trozos de su carta a mi hermano, después que Ud. revise la forma en que he puesto el *extracto*. Y esto, no solo por fines editoriales del libro, sino más por la dosis crítica que rezuma en la glosilla de usted. Ya que las más de las críticas han sido meras reseñas descriptivas del libro. Siempre sería un regalo para los muchos lectores que tiene Ud. por todas partes. Y ya que en nuestras revistillas

religiosas, censuradas, no queda tribuna libre para nada, pudiera ir en «La Prensa» de New York y en la revista de avance de la Habana, si quieren publicar sus líneas esas, que sí querrán, por supuesto.

Por no dar al público primicias de su futuro Cancionero, no he incluido los versos en que acotó Ud. la leyenda sienesa del pozo de Sta. Clara. Y vacilé en poner el rasgo maternal del primer nietecito que tanto honra su corazón de hombre; pero lo puse, y Ud. lo tachará si no le place que salga al público, en caso de que me dé su licencia para publicar el extracto de su carta a mi hermano Luis. No necesito decirle que le anticipo las gracias por todo. Y que mucho me placera se vea Ud. cara a cara con mi hermano en nuestra España, cuando Ud. regrese allá.

Él y yo (y algunos otros pocos frailes) lo hemos solido leer a Ud. desde hace muchos años, a pesar del ambiente claustral español, captando su ideología y comentándola en nuestras privadas conversaciones literarias y pensamentales.

No lo molesto más, querido ensayista y vasco ejemplar.
Ordene a su atto. s. y admirador

Fray José de Sarasola
113 Baxter St.
New York City

APÉNDICE II

EXTRACTO DE CARTA DE UNAMUNO

Don Miguel de Unamuno acota, en la intimidad epistolar, un libro franciscano.

«He dejado pasar unos días —hasta que se me asentaran las impresiones y repasar los pasajes señalados y comentados al margen— después de la lectura del “San Francisco de Asís” del P. Fr. Luis de Sarasola, franciscano.

La vida de san Francisco de la Pardo Bazán la he olvidado por completo. No así la de Joergensen. Y mucho menos la de Sabatier.

Yo nó; yo no veo en este nuevo libro franciscano la envoltura erudita. Veo en cambio, con gusto, que el autor, sin caer en la hagiografía litúrgica, no oculta que es fraile.

Que san Francisco fué el más auténtico cristiano? Sin duda. El cristiano perfecto, humanamente imposible; cristiano yo diría que trágico y agónico. Y que mal se me entienden estos conceptos que son más bien sentimientos!

Sed perfectos como vuestro Padre celestial que está en los cielos! el Cristo nos puso como meta lo inaccesible, y san Francisco soñó con la estricta observancia, con la observancia agónica y trágica. Que no excluye la alegría. "Gustó la vanidad de las cosas". Y qué bien está lo de "luz caliente".

Y me gusta que, al hablar del ideal de perfección humanamente imposible de san Francisco, hable el autor de las "desconcertantes paradojas" del Santo. Así, así, paradojas; sí, paradojas. Porque los menguados que creen condenar a uno llamándole paradojista, no reparan que el Evangelio, en el que no he encontrado un sólo silogismo, está tejido de metáforas, parábolas y paradojas.

Sí, "es condición de todo ideal no ser posible realizarlo". Y, cuando el autor dice del ideal de san Francisco que "no es con harta frecuencia más que evolución y desenvolvimiento progresivo, no verdadero retroceso o desviación o decadencia (?)", me he acordado del idealismo sobre-humano que me dictó mi "L'agonie du Christianisme". Se podría a este tenor escribir "De la agonía del franciscanismo".

Hay un pasaje que se me ha detenido en la lectura, y es aquel de la pág. 401 en que se cuenta lo que Buoncompagni de Bolonia decía de que los "frailes menores" eran niños que en extrema demencia vagaban..., etc. ¡Menores! ¡Niños! Toda minoridad es niñez, y hay que llegar a la niñez eterna. El amor de san Francisco a los suyos no era tanto ni fraternal ni paternal cuanto maternal, maternal de varón. Fué un "madrecito". Acaso pudo rezar al Padre Eterno llamándole: Madrecito nuestro que estás en los cielos... (Matérculus noster qui es in coelis...). Y en esto no entra sexo ni enredo psicoanalítico freudiano. Ahora que mi hija mayor me ha dado mi primer nieto comprendo lo que es la maternidad varonil.

Lo de la "Régula" sobre la obediencia, en la pág. 410, me ha hecho recordar la obediencia de juicio jesuítica. Al fraile menor se le deja juzgar si es contra su alma lo que el Ministro le ordene. Gran lección de libertad! Lo que en la 380 se cita de Rogerio Bacón sobre las cruzadas, me recuerda el desatentado aviso del episcopado español cuando llamó, a

dictado del Rey, “cruzada” a la campaña de Marruecos. Y lo que en la 437 se dice del pacifismo franciscano recuerda, por contraste, el bárbaro: Santiago y cierra España! No se puede evangelizar a cristazos!

Y cómo le he visto al autor cuando dice: “Estos primeros franciscanos poseyeron todas las virtudes, incluso la que más nos falta a nosotros, la de quedar anónimos”. Pero, ¿es cierto o nó que el Pobrecillo dijo: “¿No sabéis que me espera un gran porvenir y que vendrá un día en que todo el mundo caiga de hinojos a mis pies?”. Y esto nó cabe con el anonimato! Sin duda, el más grande Santo será el santo desconocido; pero el Señor quiere conocimiento de la santidad.

¿Comentarios de críticos profesionales? No haga el autor mucho caso de ello. Y óigame una parábola mía: Como san Antonio, el portugués, vió que no le hacían caso los hombres, se fué a predicar a los peces, dicen. Enteráronse unos, no sé si críticos, reporteros o policías, y fueron a la orilla del río a inquirir y escudriñar qué era lo que había predicado el fraile menor. Preguntáronsele a los peces, y éstos, que son muy frescos, se callaron. Pero unas ranas que tomaban el sol en la ribera, contestaron: Cró, cró, cró! De donde nació la leyenda, no sé si crítica, reporteril o policíaca, de que san Antonio había predicado: Cró, cró, cró. ¡Me han hecho croar tántas veces!

Yo pueblo las soledades de mi destierro —cuando no tengo aquí a los míos— con unas canciones que son a modo de diario íntimo. Al margen de la pág. 241 donde se cuenta la leyenda sienesa del pozo de santa Clara, escribí una que pasará a mi Cancionero.

En gracia, además, al regalo espiritual que me ha procurado este libro franciscano de fray Luis Sarasola».

Hendaya

JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS